

LA PSICOLOGÍA EN MARX

Por: Joel Otero Alvarez
Cali, Diciembre 2001.

PRIMERA REFLEXIÓN

Introducción.

UNO. Es claro que un tema como este resulta obligatoriamente arduo.

Primero, porque este pensador (Marx) parece condenado al olvido, por más de una razón.

Segundo, porque se deberá antojarse más que peregrino recuperarlo, cuando el modelo social contemporáneo pareciera distanciarse de tal modo que ya no resulta, ni siquiera, mínimamente amenazante. Simplemente, inconveniente, fuera de lugar.

Tercero, -para no nombrar más causales que podrían de seguro crecer indefinidamente- porque donde convendría menos resucitarle sería justamente en relación con esta particular temática: la Psicología.

DOS. La idea surgió de una presentación de una tesis de grado -que se adelantara en el segundo semestre del año 2001- y que tenía como escenario la empresa privada. Y, en relación con documentos anteriores de Clínica de lo Social, sobre el tema de la Psicología Organizacional. Más concretamente, con el supuesto, generalizado ahí, de la pérdida de *singularidad* que toda empresa humana explota.

Digamos, de cómo la Obra en general expropia *singularidad* a *lo humano*.

No sólo por esta vía podría acercarse la reflexión clínica de lo social del lado de la oferta conceptual marxista; también el concepto de *plus*, o el de *reclusión* podrían con relativa evidencia dejar no sólo constancia de proximidad ahí; de hecho, de deuda..

Pero, es sin duda por esta ruta de *lo singular* -y más, si se le liga directamente con *lo empresarial*- por donde resulta más explosiva su referencia.

TRES. Ahora: Psicología de Marx es algo que, en la vida, se le hubiera ocurrido proponer al propio Marx. Por eso no se dice "Psicología marxista"; ni siquiera, "la Psicología *de* Marx". Porque se trata de la Psicología que, incluso, a pesar de Marx, Marx incorpora. De seguro, no inconscientemente. Pero, sin duda sí, desde una perspectiva donde *lo psicológico*

está más bien en relación con una Psicología pendiente. Digamos que resulta, al releerlo desde su marginalidad supuestamente inevitable e insuperable.

Casi nadie sabe, hoy en día, que Marx, no sólo habló de “economistas vulgares” sino que aludió a los “socialistas vulgares”. Al “socialismo vulgar”. Sin saber que iba a ser reconocido, lamentablemente, desde ahí.

Mucho menos que Marx pudo plantear cosas tan decisivas –y de difícil asimilación para “marxistas” que nunca lo leyeron- como por ejemplo: “En el desarrollo del capital, partíamos de (que) D-M-D’ era simplemente un resultado. Ahora nos encontramos con D-D’ como *sujeto* (subrayado de Marx). Como el crecimiento para el árbol, el alumbrar dinero por el capital es algo inherente a éste, bajo esta su forma pura de [capital] dinero”¹. (Se refiere, más específicamente, al denominado “capital a interés”).

Y, mucho menos, podría asumirse desprevenidamente que el pensamiento de Marx era del más decisivo trasfondo *estético*; y, en el sentido, más *formalizador* pensable, como, justamente, aspira a reconocerlo la Clínica de lo Social.

CUATRO. Sin embargo, acto seguido, en el mismo escrito, Marx continúa argumentando de esta contundente manera, que no deja lugar a dudas: “La *forma* inconcebible que encontramos en la superficie y de la que, por tanto, arrancamos en el análisis, volvemos a encontrar(la) como *resultado* del proceso en el que, poco a poco, la *forma* del capital va enajenándose y desconcentrándose cada vez más de su esencia interior” (los subrayados son nuestros).

Es cierto: como a Aristóteles, en su “Tratado del Alma”, una oferta *estética* le subtiende desde que concibiera el *alma* como *forma*, también a Marx le ocurre otro tanto: una *versión estética* del modelo económico resulta indiscutiblemente presente ahí; tan visible como ignorada.

Pero su Psicología ¿cómo se expresa, entonces, a partir de entonces?.

El fetichismo

UNO. Habrá de decirse que la Psicología, posible o latente, en el pensamiento de Marx no está, necesariamente, en toda su obra. Pero, si se le sabe leer en puntos claves, resulta indiscutible. -De seguro, no sólo ahí-, pero nombremos tres momentos de la obra de este autor para localizarla contundentemente: el primer capítulo de “El Capital”; sobretodo, el final de éste; y los “Apéndices” ya citados de “Teorías sobre la plusvalía III” (Tomo IV de “El Capital”).

¹ Cf. C. Marx. “Teorías sobre la plusvalía III” Tomo IV de “El Capital”. F. C. E. Editores. México, 1980. P. 414.

DOS. El primer capítulo de “El Capital” comienza reflexionando a propósito de la mercancía. La mercancía entendida como *forma* y no como cosa. La mercancía como *forma* que condensa todas las claves del modo de producción capitalista.

Lo importante de esta manera de abordar los asuntos, es, entre otras cuestiones, que le demuestra al lector que su *reclusión* ahí, su presencia al interior del sistema de producción capitalista, le impide una visión correcta del modelo que, sin embargo, lo decide y sobredetermina.

O sea, existe una resistencia indudable, inocultable, definitiva, en cada quién, para reconocer la verdad de lo más constitutivo de su entorno y de sí propio.

Todo resulta armado de tal modo que pareciera que, más allá de toda intencionalidad, se consolidara una *resultante* que, no sólo sobredetermina, sino que posee una extraña capacidad adicional que le permite al modelo mismo, camuflarse, ocultarse, o bien, pasar desapercibido. Incluso: generar en los sujetos que lo reponen y soportan, versiones falsificadas de sus mecanismos y fundamentos.

Además: ese desconocimiento constitutivo, invierte las *resultantes* a tal punto que los objetos, paradójicamente, pareciera se relacionaran humanamente; mientras que los humanos, expresan fría cosificación en sus variados intercambios; de tal modo que se darían relaciones humanas entre cosas y, de igual manera, las relaciones, que se esperarían fueran humanas, dado que se trata del intercambio entre personas, expresarían, tarde o temprano, condiciones inevitablemente mercantiles. Incluso, podrían llegar a extremos tales que *lo humano* desaparecía bajo el imperio del destino de la cosa, del producto.

Pues bien: no se trata de una moral que censura. Se trata de la objetiva *resultante*. Para decirlo en nuestros propios términos clínicos de lo social: del imperio de *lo inhumano* que la Obra de conjunto coloca sobre sus generadores.

TRES. Dos *formas* derivan privilegiadas para la puesta en acto de esta extraña resultante: la *forma-mercancía* y la *forma-dinero*. Desde ellas, se consolidarían dos modelos decisivos de *fetichismo*: *fetichismo de las mercancías*; *fetichismo del dinero*.

En el primer caso, se trataría de una suerte de “religión de lo vulgar” que le daría -a los objetos producidos al interior de esta lógica- propiedades secretas y enigmáticas, sólo descifrables al lograr hacer visible el mecanismo que subtiende el fluir de los acaeceres sobre los cuales se consolida el modelo en cuestión.

En el segundo, el dinero parecería, más que un medio, ser un fin en sí; además, tendría el poder de parecer autogenerarse (caso concreto: el capital puesto a interés).

CUATRO. Las mercancías, más concretamente, en cambio de asumirse como *formas* que se superponen sobre productos del trabajo humano, parecieran portar un extraño encanto,

un velo indescifrable que encubre la verdad que les da su valor y justifica su condición enigmática. Como portadoras de un halo mágico, en realidad esconden ese *plus*² que han extraído de la fuerza de trabajo³ que el obrero ha colocado ahí, obligado a enajenar sus productos, antes de generarlos; en cambio, luego de vender su capacidad laboral (más como horas de vida que como ejecutoria de un saber remunerado).

CINCO. Debe señalarse aquí dos importantes cuestiones:

- A. El obrero, en el escrito de Marx, es un *lugar*⁴. No una persona. Igual, el capitalista. Nunca se podrá entender la lógica de “El Capital” si se piensa de modo empirista. Lo único real allí es el capital como tal. Todo lo demás, es *lugar* o *forma* que lo soporta; encarnados, sí; pero, cumpliendo *funciones* que ese intangible (el capital) determina y propicia⁵. Pero el capital es *intangible Forma envolvente*; no otra cosa.
- B. El *lugar* decide *funciones* y modifica las propiedades de cada elemento que, encarnando una u otra *forma*, se juega siempre en obligado enlace con el resto. No es igual el paquete de *funciones* que emerge cuando el dinero realiza la mercancía, que cuando pasa a manos del usurero o del señor capitalista industrial; o, tanto más, del obrero como tal.
- C. Incluso, puede alterarse este juego de la escenificación, individualizada (personal) o masificada, de *lo humano* -siempre, en últimas, al servicio de la reproducción del capital- hasta dimensiones imprevistas; siempre el capital encontrará nuevas variantes *formales* para su despliegue.

Visto todo así, lo más remoto para esta lógica es suponer que los humanos puedan desaparecer el modelo capitalista, a partir de asociaciones económicas o políticas; grupales, colectivas, masivas. El capitalismo, si llegara a desaparecer, sería por razones absolutamente imprevistas y ajenas de todas estas intencionalidades. Así, el propio Marx hubiera sido, acaso el primero, en entrar en contradicción flagrante con esta indispensable exigencia.

En realidad, se trataría de la transformación de un modelo envolvente, por otro que debiera aportar claves *formales* decisivas y radicales que pudieran suplantar esa matriz sostenida de la forma capitalista, para que se pudiera consolidar algo así. Esto, por supuesto, no se hace con balas ni con tomas fragmentarias del poder.

² Este *plus* es apelado por Marx, *plusvalía*. Y corresponde al valor que, la fuerza de trabajo humana, suma al producto. Es como quien dijera, un trozo de vida que se trans-*forma* en valor, al dar *forma* a un determinado producto.

³ Insistamos: Marx se cuida de distinguir la fuerza de trabajo del trabajo propiamente dicho. Según Marx, el obrero, en realidad, vende más que su trabajo, su fuerza de trabajo; y, esto tiene decisivas consecuencias en las derivaciones teóricas que, a partir de entonces, se pueden extraer.

⁴ Aunque puede sonar contradictorio con derivaciones o señalamientos previos, conviene señalar que se trata de *lugares* siempre encarnados. El drama allí no se atenúa por el hecho de que el sentido de las cosas se juegue a partir de estas sobredeterminaciones, que no cuentan con *lo humano* como fin en sí. Que, si se quiere ser más radical, se deciden desde una condición *inhumana* fundante. Pero esto *inhumano* -como ya fuera resaltado- no es valorativo; es sí, una *forma de objetivación*. Pertenece, antes que al conjunto más personal de *lo humano*, a la Obra donde *lo humano* se realiza y enajena.

⁵ Esta condición envolvente, sólidamente demostrada en la obra de conjunto de Marx condujo, en cambio, a una dogmatización lamentable del modelo; por ende, con funestas consecuencias.

Más ¿qué?. ¿Acaso esto invalida cuanto de pertinente y decisivo subtiende en la propuesta de Marx, densa, y rigurosa hasta lo inconcebible?.

La Psicología de Marx y la oferta de la Clínica de lo Social.

UNO. Las personas en el modelo ofertado por Marx, no sólo pueden tener visiones equívocas sobre el conjunto que les decide y rodea; son, en realidad, *modos del capitalismo*; cada quien está ahí cumpliendo un papel, fuera el que fuere, de acuerdo con el lugar que ocupe.

Pero esta cobertura que resulta, indiscutiblemente, plena no excluye otras posibles coberturas igualmente importantes y decisivas.

Es cierto: el capitalismo necesita que las personas sean así y así las produce. Sin duda una jerarquía -no por latente menos decisiva- decide infinidad de grados en la sobredeterminación que el modelo envolvente impone a los sujetos humanos.

Pero esa sobredeterminación, según se trate, puede resultar -en casos extremos- encerrando en un impedimento irremontable, o -más corrientemente- dejando opción para múltiple réplicas y para la escenificación de la infinidad de lo posible.

Se trata, en efecto, de una variedad inagotable de sobredeterminaciones; nunca una sola vía válida para todos, dentro de un umbral más o menos amplio. Antes bien, cada quien, portará infinidad de opciones para la implementación de conductas o de reacciones que, según el momento o la circunstancia, se le presentaren.

Lo importante es que, resulte cuanto resultare, el capitalismo lo reinterpretará y adecuará a las condiciones de su autoreproducción.

DOS. De hecho nadie, por más marginal o excluido que fuere o pareciere, puede salirse de manera definitiva, ni por tiempo indefinido, del consumo de mercancías o del porte de dinero. Así fuere por vías indirectas, las mercancías y el dinero, tarde o temprano, definirían su discurrir.

Pero, tanto más decisivamente aún: allí donde los asuntos resultan más significativos para el conjunto o para, al menos, amplios sectores de la población mundial, la *formalización* capitalista envolvente, resulta, sigue resultando, indiscutible e inabandonable.

Cuanto se apela entonces, *modos de lo urbano*, cuanto se denomina la *Ciudad* o *lo tecnológico*, están inevitablemente enlazados con este juego de las sobredeterminaciones de *lo económico* y, no menos, de *lo político*.

Mas ¿qué?. ¿Es el concepto en Clínica de lo Social, sinónimo de esto?. ¿Se trata de una forma distinta de apelar lo mismo?. Sin duda no. Pero ese entronque sí debe reconocerse como inquebrantable.

Lo psíquico se entrelaza con *lo económico* y con *lo político*; es *interno* a ellos. Es la *interioridad* de ellos, si se prefiere decirlo así. Y, visto de esta manera, *lo psíquico* puede a su vez afectar, “animar”, el universo *formal* de las mercancías y la supuesta uniformidad e impersonalidad del dinero propiamente dicho.

El intercambio de estas *formalidades* mercantiles y psíquicas -*lo psíquico* es *formalización*; *fuerza formalizada*- es constante y definitorio. Las *formas* superpuestas sobre cada quien, según el escenario donde discurra, de un modo u otro, harán emergencia y demostrarán su contundencia y esencialidad. Es allí donde la Clínica de lo Social lee y replica explicitando su oferta escritural. ¿Cómo negar entonces la importancia de tales entronques?.

TRES. El modo como estas *formas* afectan *lo psíquico* parece, sin embargo, menos extraño que la inversa, según la cual, *lo psíquico* afecta el mundo de las mercancías y el intercambio y sentido del dinero.

Y es que no se trata de una reciprocidad literal; tampoco se impone restar objetividad a operaciones donde *lo subjetivo* resulta siempre reducido. Es en la rítmica de los juegos de *fuerzas* y de *formas* que entrelazan *lo humano* con la Obra de conjunto, donde el asunto se juega y decide. Es, en el ejercicio *estético* de cruces y complementaciones que hacen que, uno y otro polo -*lo humano* de un lado; la Obra de otro- resulten, en últimas, definitivamente inseparables.

Es cuanto la Clínica de lo Social apeló, en su momento, la *Empresa*. Y, de cuya marca derivan todas los *modos de lo empresarial*, incluido el propio mundo de los negocios y de la producción de artefactos, enseres; e, incluso, intangibles de la más variada procedencia y eficacia.

CUATRO. Desde que el ser humano puede venderse o vender posesiones suyas (la fuerza de trabajo, por ejemplo) y ello ingresa en el juego de intercambios mercantiles, se puede reconocer que la contraposición entre *lo humano* y la Obra es apenas válida a nivel inicial.

Rápidamente se reconocerá que *lo humano* es *lo humano* en tanto se fabrica. *Lo humano*, en otros términos, es una *empresa*. La Empresa como tal; por ende, incluye siempre la Obra y resulta incluido por ella. La Obra, sencillamente, es *lo humano* expreso, *lo humano* puesto en acto.

Acaso es esa la ruta por la cual *lo inhumano* resulta, igualmente definitorio de *lo humano*, que *lo humano* mismo. Allí *lo humano* se objetiva y hace factible su desciframiento. *Lo humano* desde entonces, torna estudiable, predecible, abordable.

Lo humano es, por eso y sólo eso, *sujeto*; *sujeto* de la Obra que le *objetiva* y ata. La Obra le vincula y subordina. La Obra le completa y enajena. La Obra le atraviesa y le decide. Le *sujeta*. Lo hace *sujeto*, por eso y sólo por eso. *Sujeto*, o sea, atado a la Obra.

Al final, visto así, *lo humano* es *atadura* inagotable; *sujeto* puro; *atadura* permanentemente modificada en el intercambio con el *obraje*. Entendiendo *obraje* no sólo en el registro duro del producto-obrero; más bien en tanto, *hacer*, en tanto *obrar*; que es desde donde *lo humano* se *objetiva*.

Lo humano se juega siempre en el intercambio entre *sujeto-objeto*; por ello nunca *lo humano* es mera *subjetividad* ni *objetividad* pura. *Lo subjetivo* es esto que excede o se ilusiona con la exclusión del imperio de, del enlace con, la Obra. Desde entonces, *lo objetivo* es la constancia *empresarial* de todo acaecer *humano* -por supuesto, incluida la Obra, o sus múltiples modalidades-.

Sin duda alguna, pretenderse *sujeto* es la mejor forma de acceder, sin más, al lugar del *objeto*. Igual: el puro lugar del *objeto* sólo puede ocuparlo el *sujeto* puro (o sea, como diría Marx, asunto sólo viable al capital propiamente dicho).

CINCO. El dinero es *obra*, invención humana; tan indispensable, como el lenguaje; ata lo humano y lo *trans-forma*. Le ayuda a dar *forma*. Lo *sujeta*. Lo hace *sujeto*. Y, al tiempo, lo *objetiva*.

Lo humano es mercancía; variante de ella. Y la mercancía es una modalidad que expresa cómo *lo formal* se superpone sobre cualquier producto.

Y el dinero, como la mercancía, son, en ese esencial sentido, *formas* de *lo humano*, marcas sobre la exterioridad de los productos, donde la envolvencia *formalizadora* distingue -y pone a dialogar- pluralidades, nunca operantes de manera aislada ni autónoma.

O sea, se trata de un discurrir de *formalizaciones* y *trans-formaciones*, ajenas a toda intencionalidad y, dueñas de un automatismo, ellas sí, frente a cuyo imperio no incide ninguna valoración o prevención. Dicho de un modo más directo y contundente: arman *realidad*.

No por ello se está diciendo que sean indestructibles o impenetrables. Pero, cualquier marca allí recibirá la reinterpretación desde la lógica de esa potencia *formalizadora* que se ha apuntalado y engrosado en relación con recorridos y tradiciones, progresivamente fortificadas a partir de allí.

SEIS. Si las mercancías son esos productos, estas concretas cosas que portan esa *forma* intangible, esa *forma* invisible, que les da su condición más diferencial, las cosas poseen *alma*; igual de cómo le acontece a cada quién.

Si el dinero, más allá de la arbitrariedad aparente que hace de un papel, o un trozo de metal, un poder muy preciso y delimitado es porque, por encima de todo empirismo, recoge,

condensa, claves *formales* decisivas; igual, intangibles, no menos determinantes; intangibles que, por lo demás, son *modos* del capital; animados por él; intangibles, portadores de un *alma* de la cual el dinero, tal cual se presenta en su dimensión más inmediata y aparente es, en realidad, soporte, cuerpo tangible.

SIETE. Marx descifró el mecanismo que daba a esos objetos animación. Se trataba de las relaciones encubiertas, camufladas, tras de las cuales se ocultaba la más decisiva realidad del armado envolvente.

Pues bien: el conjunto de la gran *resultante* que incluye todo *lo humano*, en la acepción que aquí se le viene dando, no sólo no puede ser espontáneamente aprehendido, así se viva en su interior y se sea producido por él. Además, impone desde allí una marca en negativo sobre cada modo *resultante*: su condición *impersonal e inhumana* no hace diferencia entre objetos y personas. Impone, en cambio, el imperio de *formalizaciones* sobre la ilusa materialidad de lo existente. No está al servicio de *lo humano*. Carece de bondad e intencionalidad. Es pura *fuerza* que se reproduce interminable, inagotablemente. Lo que no significa que sea ajena a toda *diferencia*; por el contrario, toda *diferencia* se le impone a la *fuerza* cada vez que se *formaliza* y se reapuntala en *formas* e intercambios de *forma*.

OCHO. Marx redescubrió, después de Descartes, un nuevo rastro del dios oscuro. Dios en negativo, que renuncia a todo culto, a toda religiosidad. Potencia primordial sin soporte de figura que sólo puede, por definición, tejer *formas*, agotar *fuerzas*, por rutas de autoregulación, no por primarias, menos enajenantes.

En efecto: el capital es, en verdad, un gran Otro, allí donde Marx le quiso ver en tanto Sujeto puro.

Mas ¿qué?. ¿No es acaso el gran Otro, el mismo gran Sujeto, en tanto concebido como *fuerza impersonal originaria*?.

OCHO. Ese dios oscuro está más allá de toda duda o inquietud teológica. Es la reposición que se hace desde que *lo humano* se potencia desde el *obrar*. *Obrar* que, por lo demás no es ciego ni rotativo. Se trata de un *obrar* que incide al tiempo que devela; que hace saltar las claves ocultas de las fuerzas latentes, mientras que , simultáneamente, las emplea. Se trata de un *obrar* que *trans-forma*, que modifica lo existe; que arma mundo y lo hace estallar.

Ese no es sólo un *obrar* límpido y lúcido, únicamente ejecutable por la ruta de lo más racional y bondadoso. Incluye lo más hondo y caótico, resuelto en exterioridades e interioridades insobornables sí, pero empeñadas en expresarse, hasta llegar a niveles de hipercontrol y reclusión irremontables.

Es un *obrar* complejo, asimétrico, antagónico, demoleedor y creador al tiempo; fundamentalmente transgresor. Y, por ende, generador de ley.

Pero no es transgresor más que en tanto indaga yactúa, superpuesto sobre un orden que le precede. Alterándolo. Reinventándolo. Dándole nuevas opciones o, al menos, descubriéndoselas dentro de sus potencialidades dormidas.

Así, al menos, gusta auto-presentarse. Pero, en el fondo de los tiempos se ha perdido a sí mismo, como cualquier niño realiza con su infancia. Para eternizarla de modo inagotable, de manera irreductible.

Y si algún marxista se ofendiera con este remate convendría retomar, por decir algo, las metáforas que el propio Marx emplea en su tercer volumen sobre la Plusvalía (IV Tomo de "El Capital") y que son las que autorizan estos supuestos desbordes.

Obsérvese entonces:

“Aquí, -reza en la pagina 405 del texto en mención- la relación entre el capital como la matriz consigo mismo como fruto...”.

Y en la página 408: “ Ahora bien, esta forma ya enajenada de la plusvalía distinta de su primera forma simple, en que todavía muestra la cicatriz del cordón umbilical de su nacimiento y que en manera alguna puede reconocerse a primera vista....”.

Baste pues con estas dos cortas citas para dejar contundente constancia en tal sentido. Sea.

EL CONCEPTO DE FORMA EN MARX. (O, DE UNA ESTÉTICA EN MARX).

Introducción.

UNO. Una de las cuestiones más interesantes en el armado conceptual de “El Capital” es el contraste entre *lo formal* y la *apariencia*.

En efecto, por tradición, la *forma* y la *apariencia* van siempre de la mano; resultan obligatoriamente complementarias y se les asume, en general, como sinónimas.

En “El Capital” no acontece así. En “El Capital” son dos cuestiones independientes, así se juntan en la periferia de lo más inmediato y evidente.

Ello hace que “lo más inmediato y evidente” sea, “simple y llanamente”, lo más *enigmático* y encubridor al tiempo; si es que, en definitiva, se le sabe ver. O sea, resulta ser siempre, en el sentido más habitual del término, *sintomático*.

DOS. Desde su comienzo se evidencia esto. A partir de las dos primeras frases; justo en el inaugural decisivo párrafo, ya ello está puesto en primer plano.

Resulta por esto casi imposible, desde la perspectiva del lector, entender el argumento que allí se esboza si no se tiene una mínima distancia frente a las evidencias de lo ya dado.

Quizá, hoy por hoy, no acontezca tanto así. Pero cuando fue escrito era tanto más transgresora esa apertura *estética* -pues se trata, sin duda, de ello- que la misma oferta política.

Es esta la razón por la cual -como ya fuera señalado en el escrito anterior sobre “La Psicología en Marx”- había tanto “marxista” y tan escasos verdaderos lectores de la obra de Marx; y, de “El Capital”, fundamentalmente.

Las dos primeras frases de “El Capital”

UNO. La dos primeras frases de “El Capital” rezan así:

“La riqueza de las sociedades en que impera el régimen capitalista de producción se nos aparece como un “inmenso arsenal de mercancías” y la mercancía como su *forma elemental*. Por eso nuestra investigación arranca del análisis de la mercancía”.

Marx no dice: “La explotación de los oprimidos del mundo se juega en los trasfondos de las grandes empresas de las oligarquías del mundo”, ni cosa semejante. Marx, está planteando un *enigma estético* y cada vez lo hará más decisivamente prioritario.

Nunca, en realidad, abandonará esta singular perspectiva.

De hecho, a Marx allí -primero que todo, antes de nada- le interesa resolver justamente eso: el comienzo de su obra.

Como un artista, está preocupado por pulir su primer argumento como si fuera una piedra preciosa; tendrá, por ende, que tener el texto la perfección indiscutible de una *forma* sin equivalencia; ni más ni mejor elaborado en su acabado.

Que no sobre ni falte nada allí, en esa condensación impecable. Por ello es tan sencilla y tan densa al tiempo la argumentación inaugural de “El Capital”. Por esto, también, parece tan inaprehensible a los ojos de quien, por primera vez, mira allí.

DOS. Al tiempo, se trata de una justificación *metodológica*. Cuando Marx dice: “por eso, nuestra investigación arranca...” está demostrando de entrada que la composición de su obra resulta pensada en cada paso y ello no sólo por razones de regusto *sensible*.

La obligación de la tarea lo impone así: el imperio del objeto en cuestión hace que no se pueda adelantar un abordaje de ninguna otra manera.

Es como un axioma. “El Capital” parece escrito como lo está “La Ética” de Spinoza. Es una verdadera Geometría Filosófica. Una piedra preciosa, se insiste, pulida sin prisa y sin pausa.

Es un comienzo hegeliano también; a la manera del Prefacio de “La Fenomenología del Espíritu” que recoge en la primera pieza magistral el sentido y el contenido de la obra toda⁶.

Pero aquí la condensación es más drástica y radical. En menos de cuatro líneas se recoge el universo de una complejidad inagotable como resulta siendo el escrito todo de “El Capital”.

Y, sin embargo, el texto es claro como el agua. O sea, indudablemente profundo; al punto de no permitir descifrar el fondo.

TRES. Dada la particularidad de este texto de Marx, cada término connota un sentido francamente decisivo. Por decir algo: “arsenal”. Arsenal es una palabra con varias acepciones, de las cuales ninguna es desechable. Arsenal, en efecto, comporta siempre una clave *matricial* y no puede dejar de ser mínimamente ajeno de un sentido *bélico*.

⁶ ¿Cómo ignorar aquí -en nuestro medio y en nuestro particular recuerdo- la persona del maestro Estanislao Zuleta, tan intuitivo en la localización de estos énfasis y tan dispuesto a remontar todo dogmatismo en aras de una lectura inteligente y desprejuiciada de Marx?.

O el fuerte uso del verbo “imperar”, donde se asume la constancia de un poder indispensable, siempre que del capitalismo se trate. Sin una creciente condición invasora, envolvente e insuperable, no podría darse capitalismo, se quiere decir.

No se trata, necesariamente, de un imperio. Pero si de un *imperar* que califica la totalidad de los elementos de ese conjunto, de esa involucencia, de esa resultante apelada capitalismo.

CUATRO. Sólo que ese *imperar*, ese poder, es un poder *formal, estético*.

Todo cuanto accede al decisivo influjo del capital, adquiere *forma*, impronta capitalista. Independientemente de si se trata de un intangible, de un proceso, de un elemento, de una función, de una relación, de un lugar, de un encuentro o de una abierta contraposición; de una persona o de un objeto cualquiera, el capitalismo tiene la extraña y complicada característica de encarnar como *formalización* inagotable en cada asunto que toca o califica.

Y esa *forma* no es mera *resultante aparente*. No es superficial ni suplementaria. Se arraiga a la totalidad de los armados y configura cada particular emergencia de un modo constituyente, inseparable. Como una verdadera *alma*. Como un *motor* que *anima* y determina, por ende, cada movimiento, cada reacción, cada presencia.

No sólo es *formalidad* que recubre; es *formalidad* que decide; que es omni-presente y omni-abarcante. Es por ello que termina por ser sobre-determinante. Pues vale para cada especificidad y para el conjunto.

CINCO. La *forma elemental* (la mercancía) quiere decir todo lo anterior, en el sentido más riguroso de la palabra; pero –además y por ello– esa clave segunda (“*elementalidad formal*”) es todo menos esto que primero viene a la mente desprevenida. *Elemental* quiere decir primera y última. Presente aquí y allá. Decisivamente infaltable.

Y el “se nos aparece” es como un llamado de alerta que debe prevenir contra toda emergencia supuestamente inocente. *Se nos aparece* no significa *es*, como corrientemente creemos. Marx le está diciendo –en otras palabras– al lector que, así como él en su niñez, demos por caso, creyó siempre en cada engañosa *resultante*, esa misma *credibilidad* irreductible le hace asumir ahora que la mercancía es una cosa y, el modelo imperante, una situación natural.

O sea, ni más ni menos: la *infancia* en el adulto sigue como capitalismo asumido.

Quiere decir pues que, lo más inmediato y supuestamente aproblemático, oculta complejas relaciones y propiedades que la desprevenida está, a cada paso, intentando mantener en silencio.

No es que no exista salida posible. Es que hay un acuerdo de base entre la estructura que consolida *resultantes* y la tendencia de estas a dejarse *forma-lizar* por ella.

Sólo el viajar en contravía, generando creciente, indetenible distancia permitirá abrir los ojos y lograr ver, hasta donde este esfuerzo, lo haga posible.

O sea, que se es adulto en dos sentido: masivamente, uno; de donde, inevitablemente sumiso. De modo singular, dos: siempre contraventor.

El mito de la caverna, es pues tan decisivo ahí como en la propia obra de Platón; así no se restriegue ni se recalque en el escrito de Marx, como sí lo hacemos, en cambio, ahora aquí.

SEIS. No se trata pues de crear ejercitos, ni guerrillas, ni nada parecido, sólo por el hecho de haber hablado de “arsenales”. Se trata de un guerra otra; una guerra que hace la contravía al hábito, al consumo, a la inmediatez y a la evidencia. Una guerra en el sentido *clínico-estético*; una guerra que no puede ser desde ningún empirismo; en realidad, una guerra frontal a todo empirismo. Y es ello ya, bastante. Así no lo perezca.

Además, entendiendo empirismo como la cancelación de la *forma* del lado de loa inmediatez y la evidencia. Del lado del hábito; por no decir, del consumo.

Se trata de una oferta *clínica de lo social*; se apuntaría, de ser coherentes, a una real *terapéutica de lo social*. O sea, de esto que empieza a moverse, como reconocimiento progresivo de la envolvencia *formal*; de la esencialidad *formal*; del impedimento de *lo formal* para acceder a re-*forma*-lizaciones.

Y ello no significa mera retórica que hace negación del “paso al acto”, en *lo social*, del marxismo, como cuerpo terrorista en ejercicio. Significa sí, cuanto -por todo esto- dejó de verse y pareció definitivamente perdido y despreciable. Para “marxistas”, en primer lugar; pero también, para todos aquellos que negaron esta veta y lo siguen haciendo; conciente o inconscientemente.

O sea, desde la ignorancia y/o la indiferencia.

La polisemia de *lo formal* en Marx.

UNO. Marx no es ajeno de la “materialidad” que, en su dimensión más evidente, las mercancías comportan. Y el que continúe, en la primera página de “El Capital”, haciendo este reconocimiento no significa que está cayendo en contradicción flagrante.

Justamente, el que un objeto externo o una cosa no sean simplemente eso, objetos o cosas; el que sean mercancías, delata esa condición adicional de la cual -en realidad- se trata.

¿Por qué se apelan, además, mercancías?. ¿Qué les da ese carácter, si -a simple vista- son meras cosas, meros objetos?. Esa es la cuestión.

DOS. Veamos: la condición de la *forma* en Marx es -como se podrá suponer- de amplia cobertura y diversidad.

La presencia de *lo humano*, el empleo que desde ahí se dé a cada cosa, comporta claves adicionales que alteran, en lo esencial, la condición de las mismas. Cuanto está en relación

con esa “materialidad” de las mercancías se apela *valor de uso* y está por ello en relación directa con “el contenido material de las riquezas”; pero, el *valor de uso* -como su nombre lo indica-, sólo toma cuerpo cuando se da su consumo.

Lo cual, dicho con otros términos, significa que el encuentro de la cosa con *lo humano* hace saltar, por encima de toda prioridad empírica, la condición *formal* del objeto, más allá de su condición estrictamente “material” expresada en la satisfacción de la necesidad, cualquiera ella fuere.

Formal, entonces, entendido como el *más allá* de la necesidad que se satisface y que no es más que la mediación para la incorporación de *formas*; o la transformación de *formas*; o la reproducción de *formas*.

TRES. Sin embargo, remontando esta clave inaugural, Marx propone un segundo concepto: el *valor de cambio*, de cual el *valor de uso*, dice, es su “soporte material”.

El *valor de cambio* aparece como una equivalencia que, en realidad, sólo se hace visible en la comparación entre dos productos. Y es, por ello, que el dinero cobrará condición prioritaria a partir de ahí.

El dinero mide las opciones de intercambio entre mercancías e incluso puede ser el mismo soporte de cambio, paradigma -al final- de todo posible intercambio capitalista.

CUATRO. Más aún: Marx suma un tercer decisivo concepto: el *valor* propiamente dicho que justifica aquello que, a nivel del *valor de cambio*, parecería intercambio gratuito o arbitrario.

El *valor* es el que recoge la verdad misma del asunto; en efecto, si una mercancía es portadora de *valor* ha de ser en tanto resulta ser un producto del trabajo humano.

Es, en primera instancia, la comparación entre equivalencias de trabajo invertido en la producción de mercancías cuanto hace de éstas, tales; y, al tiempo, convierte al *valor de cambio* en algo objetivo y predeterminando; regido por leyes y no por caprichos.

Bajo este soporte conceptual se hace un objeto, mercancía. Y es por ello, a su vez, que la mercancía porta claves misteriosas y enigmáticas, más allá de su aparente condición escuetamente material.

CINCO. Dice el propio Marx, cuando entra a reflexionar esto que aquí más nos interesa, “El fetichismo de la mercancía y su secreto”: “A primera vista, parece como si las mercancías fuesen objetos evidentes y triviales. Pero, analizándolas, vemos que son objetos muy intrincados, llenos de sutilezas metafísicas y de resabios teológicos”⁷.

Y decimos que es cuanto más interesa a este texto, porque es allí donde Marx logra discriminar más opciones *formales* posibles, en el análisis de un específico asunto. Por ejemplo, en un solo párrafo, Marx puede usar perfectamente tres modelos diversificados de

⁷ Cf. Marx, C. “El Capital”. Tomo I. F.C.E. México, Buenos Aires, 1966. P. 36.

lo formal, cuando se propone develar el carácter misterioso que reviste el trabajo humano tan pronto como pasa a dar *forma* de mercancía, a los objetos.

Marx, en efecto, alude a la *forma material* de una objetivación (cambio de *forma* desde la madera hasta la mesa, demos por caso), la *forma de magnitud de valor* (medida en tiempo del gasto de fuerza de trabajo empleada en la fabricación de una específica mercancía) y la *forma de relación social* entre los productos del trabajo (los objetos producidos entran a dialogar entre sí, *animados* por estas claves *formales* ocultas).

Todo el misterio estriba -dirá Marx- en que la *forma-mercancía* proyecta el carácter *social* del trabajo como si se tratase, directamente, del soporte material de los objetos generados a partir de ahí. O, tanto peor aún, como si fuere una propiedad *social* de los productos mismos, los cuales ya no demandan el inaugural referente que les ata a sus productores.

Pues bien: todo ello se da, como por arte de magia, desde el cambio de *forma* que, al tiempo, sorbe la *fuerza de trabajo* y da redondez y autonomía al producto como tal.

Otras condiciones entran a jugar a su vez para que esta resultante se dé. Marx plantea, por ejemplo, cómo la producción se ejecuta de modo individualizado, pero la realización de las mercancías devela la condición *social* del trabajo que, conjuntamente, da paso a la envoltura *formal* donde, la condición *social* del modelo de conjunto, se evidencia. “Por eso -concluye Marx- ante estos (los productores) las relaciones sociales que se establecen entre sus trabajos privados *aparecen* como lo que son; es decir, no como relaciones directamente sociales de las personas en sus trabajos, sino como *relaciones materiales* entre personas y *relaciones sociales* entre cosas”.

El *valor*, capturado al revés por todo ello, transforma los productos del trabajo en verdaderos “jeroglíficos sociales”, tan enigmáticos a los ojos de los hombres, como pudiera ser -acota Marx- el propio *lenguaje*, no menos obra suya, ni menos inmediato.

O sea, dicho de un modo más cercano a nuestras expectativas, confirmando y recuperando nuestro supuesto inicial, los productos del trabajo humano en el capitalismo, se comportan como verdaderos *síntomas*. Entendiendo, también aquí, *síntoma*, en su acepción más clínicamente convencional. O sea: como urgencia de accionar terapéutico; como constatación de decisiva disfunción.

La polisemia *formal* y lo enigmático

UNO. Si todo se juega entre formas y fuerzas⁸ cabe reconocer cómo, el interés que surge aquí por Marx, parte de esta doble expectativa estética. Una *estética de las formas*

⁸ En realidad, Marx sólo habla de *fuerza de trabajo*, pero con ello recoge, en un único reducto, toda la compleja y envolvente problemática que comporta la *fuerza*; y, a partir de esa lamentable simplificación, se originan, en gran proporción, los errores que él mismo cometiera al intentar interpretar las implicaciones de sus

contrapuesta a una *estética de las fuerzas*, redefine la opción de una posible Terapéutica de lo Social, a partir de ahí.

La Terapéutica de lo Social debiera entonces apuntar a trascender la insostenible oferta política de Marx plagada, extraña, absurdamente, de funestos empirismos (toma del poder; ejército popular, lucha de clases, etc.) reconociendo, más acá de todo ello, justamente, la posibilidad de una ampliación del lado de esta dimensión *clínico-estética* donde el asunto de *lo humano*, no sólo hace aguas sino que propicia la posibilidad de reflexionar a propósito de salidas legítimas y, además, realistas.

DOS. Seguro no parecerá marxista decir -por comenzar a plantear algo menos literal- que el *cuero del capitalismo*, igual de cuanto acaece con el *cuero* de cada quién, dentro de ese modelo, es *fuerza* dedicada al consumo de *formas* que son, a partir de ahí, agotadas, *trans-forma-das*, desaparecidas, adecuadas, ocultadas, en pos de su más escueta y envolvente reproducción *formal*.

Pero el Capital se comporta, guardadas proporciones, de esa singular manera; y es, por todo eso que, además, incluye *intangibles* de indiscutible soporte constitutivo; definitivamente, un Alma; Alma, tan del registro de la Forma, que es como si fuera una invención aristotélica, o la reposición simulada de alguno de sus más decisivos conceptos (el primer motor).

Casi se termina por olvidar esto que nadie ha dejado de pensar alguna vez: la enigmática condición que hace que otras cosas se *trans-formen*, sin más, en cuerpo de uno; en uno mismo. Pasa tanto y a tantos que se vuelve corriente y simple. Pero, si bien ello es, por encima de toda defensa y de toda sospechosa indiferencia, sorprendente e inexplicable, no resulta serlo menos esta otra condición que da a la resultante *social* contemporánea, que se viste de capitalismo, una unidad inexpugnable, capaz de reproducción y re-fortalecimiento, por encima de toda previsión y ajena de todo cuestionamiento y contradicción, cualesquiera ellos fueren.

TRES. ¿Por qué, siendo tan lúcido el planteamiento de Marx, resultó generando ese efecto y despertando una resistencia, francamente insalvable y progresiva?.

Marx estaba realizando, prácticamente sin saberlo, uno de los primeros y más decisivos movimientos transdisciplinares. Cuando mezcló Economía con Política; y, Política y Economía con Filosofía e Historia, Marx transgredió, indudablemente, siglos y siglos de tradición disciplinar.

Marx no sabía las implicaciones de hacer Economía *transdisciplinar*, como nunca lo hicieron Ricardo, Adam Smith,

hallazgos y las, aún más graves derivaciones, que extrajeran de ahí todos cuantos se asumieron, sin más, como "marxistas".

Destutt de Tracy o los fisiócratas. Como en el caso de Freud, con la Psicología, *lo transdisciplinar*, antes de debilitar o desaparecer el ímpetu disciplinar, pareciera reforzarlo multiplicadamente.

CUATRO. ¿El Capital tiene que ver con esto?. Ya fue señalado. No se trata de nada sobrenatural. El Capital genera *modos* suyos. Y cuanto le hace contravía, tarde o temprano, choca con su *fuerza* incontenible y sucumbe al peso de su urgencia reproductiva.

Pero el desbordante empeño demoleador que llevó al ilustre y brillante teórico a erigirse en abanderado de la causa proletaria debe tener que ver mucho con esta sospecha y este reconocimiento sombrío.

La propuesta *clínico-estética* no podría, a partir de ahí y visto todo así, hacerse muchas ilusiones, por supuesto.

CINCO. Los develamientos que realizó Marx para poder descifrar claves tan importantes como la plusvalía, le sesgaron de un modo decisivo y le impidieron reconocer hasta dónde, la politización de la propuesta, era más bien el resultado de cerrar los ojos para asumir abordajes más vastos y reconocer derivaciones como las que, hoy por hoy, deciden la resultante capitalista, donde la clase obrera o la producción son referentes bastante desdibujados, ante la aplastante progresión de la Obra de conjunto; incluido ahí -por supuesto y de modo prioritario- el despliegue inusitado de *lo tecnológico*.